



FILOLOGÍA MÁXIMA

Por José Biedma López

Reseña del tratado de Pedro Redondo Reyes *Minima Philologica. Hacia una fundamentación filosófica de la filología clásica*, Universidad de Murcia, 2022.

Pedro Redondo Reyes profesa en la universidad de Murcia su acrisolado amor a las lenguas clásicas y a los universos y constelaciones que ellas refieren y desvelan. Practica la Filología en un sentido tan recurrente como filosófico, diría que la afronta como si fuese un bucle mágico, un nudo problemático o una encrucijada enigmática (él mismo nos recuerda que Giorgio Colli puso de manifiesto el vínculo prístino entre enigma y dialéctica). Se podría decir que ensaya una meta-filología o una filología de la filología en tono aporético y clave occidental. Redondo ha demostrado su interés por la música, la literatura y las gramáticas de tradición helenística en numerosos estudios y ensayos publicados.

Su espeso y monumental tratado *Minima Philologica* busca dilucidar los fundamentos que configuraron y configuran los estudios e interpretaciones de los textos clásicos, desde sus inicios en las bibliotecas del mundo antiguo ¡y hasta el presente!, en un intento por aislar los principios metodológicos de la tradición filológica: los valores de la etimología, las teorías del significado, el sentido de metáforas, ejemplos, fábulas, parábolas, enigmas, el fuste del universal lógico, etc..., y así hasta llegar al silencio de la escritura, que Platón dijo ser como el de las estatuas, que parecen vivas hasta que las



interpelamos, porque entonces sus respuestas son un "silencio solemne" (*Fedro*, 275d).

No obstante, para sus atrevidos propósitos, Redondo indaga en los escritos de las autoridades como condición de posibilidad de cualquier Filología, que en esto se diferencia de la Lingüística, más centrada en la oralidad que en los textos. A fin de cuentas, los grafemas son imágenes visuales de los fonemas (imágenes acústicas) y estos, en su doble articulación morfológica y sintáctica, refieren y significan cosas y situaciones, acciones y modos de ser, al discurrir por el puente irisado del pensamiento, ya que *vox significat mediantibus conceptibus*.

Cada capítulo de su libro se complica y engalana con un racimo de escolios o comentarios en los que el autor echa mano de un extraordinario arsenal de herramientas eruditas procedentes de diversos talleres intelectuales, tanto de cuarteles filosóficos: platonismo, aristotelismo, filosofías helenísticas, gramáticas alejandrinas, Humanismo, Ilustración, idealismo..., como de la Lingüística moderna (Saussure, Coseriu), el pragmatismo (Peirce), la fenomenología (Husserl), la hermenéutica (Gadamer), el vitalismo (Ortega), el análisis (Wittgenstein, Eco)...

Estos escolios, para mejor profundización o vértigo abismático, se estiran y discuten en abundantes notas... Para hacernos una idea de la complejidad y pluralidad de sus fuentes, anotaré que la bibliografía, aún en tipo pequeño, ocupa veinticinco páginas de las quinientas treinta del pormenorizado estudio, en el que no sólo se expone, sino que también se reflexiona críticamente, muchas veces enfrentando opiniones de distintos autores y diferentes épocas sobre un mismo apunte. La obra *no hace* historia de la Filología, pero recurre en todo momento a ella *sub specie aeternitatis*.



En la "Apostilla" autocrítica a su obra, publicada por Pedro Redondo en el número dedicado a Antonio Escohotado, ALFA 39 (pgs 264-268), el autor reconoce seguir a Werner Hamacher, Ezio Raimondi o Hans Ulrich Gumbrecht, filólogos y críticos contemporáneos que han trascendido el formalismo estructuralista y la "teoría del reflejo" (más o menos marxista o sociológica), profesores que admiten y celebran la complejidad del texto, que son partidarios de un arduo instrumental transdisciplinar para su interpelación e interpretación (*observatio, inspectio, cognitio* y *extimatio*). Pedro Redondo reconoce en dicha apostilla también su móvil: la reivindicación de la Filología Clásica, y por eso repite como lema soteriológico las palabras de Werner Jaeger: "estas páginas se dirigen... a todos aquellos que buscan en el contacto con lo griego la salvación".

Como dejó escrito Francisco J. Fernández (vocal de la AAFi) en su prefacio de *Minima Philologica* –recordando a Hegel-: *un libro que puede ser resumido no es un buen libro*. Y este desde luego no puede ser resumido, sólo reseñado y celebrado, entre otras razones porque ha debido ser efecto de un esfuerzo tan sistemático como hercúleo, algo así como una pelea contra una hidra de múltiples tentáculos. El difuso estatuto de la Filología consiente analogías con una hidra y con un bosque tropical, rico en biodiversidad, pero peligroso e intrincado, y esto es también su ventajosa ganga y provechosa sinecura para el descubrimiento y la novedad...

Es evidente que Nietzsche no tuvo una concepción meramente técnica de esta disciplina, la Filología en la que se formó, de haberla mantenido no hubiese recibido los justos improperios de Ulrich von Wilamowitz contra *El nacimiento de la tragedia desde el espíritu de la música* (1872). El inquieto y díscolo sofista bigotudo hizo una interpretación demasiado creativa de



los textos clásicos. Exageró sin reparos la fealdad de Sócrates y creyó poder impugnar para siempre a Platón confundiendo con el neoplatonismo más o menos cristiano. A su papel de profeta y poeta ateo le hubiese venido bien la definición que, para la Filología, recoge Redondo del ilustre retórico y pedagogo hispano Quintiliano (c. 35-c. 95): *poetarum enarratio*.

Quiero decir con esto que filósofos, gramáticos alejandrinos, rétores latinos, humanistas renacentistas, exégetas bizantinos, neopositivistas analíticos y hasta "diseminadores" o deconstructores derridianos (como Hamacher en cierta medida), o humanistas de la talla de George Steiner o Harold Bloom, se han cuidado, han interpretado y hecho suyas las verdades de los textos clásicos con una constelación de habilidades académicas que difícilmente pueden reducirse a un solo método. Tal vez siga valiendo, por su amplitud, la definición –algo etimológica– que ofreció Platón en el *Teeteto* de "filólogo": "el amante de los razonamientos". Así que no nos extrañe que Redondo dedique un *excursus* a la relación entre el polisilogismo sorites con su correspondiente paradoja y el relato de Blancanieves y los siete enanitos que nos contaron los Hermanos Grimm.

En la batidora racional de esta obra colosal, enorme, de útil consulta para filólogos y filósofos, se combina la ontología con la semiología como sustancias principales, a las que se añaden como aliño las disciplinas tradicionales del *Trívium*: gramática, retórica y lógica; no falta un toque *cum grano salis* de literatura comparada y epistemología. El resultado es un plato abundantísimo y sabroso, apto incluso para hipertensos y diabéticos. Y es que la interdisciplinariedad, como el mestizaje, son cosas buenas que contribuyen al progreso y rejuvenecimiento de los pueblos y de sus culturas; del mismo modo, el contubernio de antiguos y modernos facilita el



engendro de criaturas fenomenales como este tratado inmenso. Pedro Redondo conoce y usa a modernos y a contemporáneos, pero bebe sobre todo en la fuente siempre fresca de los autores clásicos, agua tónica imprescindible, especialmente cuando la charlatanería del todólogo mediático y las consignas halagüeñas del publicista y del propagandista emponzoñan la iconoesfera global con monsergas canceladoras (*woke*) y consignas sectarias. A fin de cuentas, *quien mira atrás ve mucho más lejos*.

(Imprescindible obra de referencia y consulta, hubiese ganado rendimientos, como otras de nuestro creativo ámbito hispano, si hubiese incorporado glosario de términos e índice de autores citados).